

algar



COLECCIÓN
CALCETÍN

Oliver Twist

Charles
Dickens

Adaptación
de J. Cortés

Dibujos de
Elisa Ancori





1

Del lugar en el que nació Oliver Twist

Entre los edificios públicos de la población de Mudfog,¹ destaca uno muy representativo y común en la mayor parte de las poblaciones. Se trata del hospicio. Oliver Twist nació en el hospicio de la parroquia de Mudfog. Y si bien el hecho de nacer en un hospicio no es nada envidiable, cabe señalar que eso mismo fue lo mejor que le pudo pasar a Oliver.

Lo cierto es que no fue fácil convencer a Oliver para que siguiese respirando mientras jadeaba

1. El nombre de la población en la que nace Oliver Twist solo figura en la edición publicada en la revista *Bentley's Miscellany*. En las ediciones posteriores revisadas por el autor, el nombre de esta población ficticia no figura.

en un jergón de paja y hacía equilibrios entre la vida y la muerte. Al parto solo asistieron el médico de la parroquia y una vieja indigente aturdida por la cerveza. Y ni la vieja ni el médico confiaban en que Oliver sobreviviese. Pero la cuestión es que Oliver decidió vivir y, tras tomar aire, anunció a pleno pulmón que a la parroquia acababa de llegar otra boca que alimentar.

La madre de Oliver, una joven desconocida que encontraron tirada en la calle, levantó la cabeza de la almohada cuando escuchó los lloros de su hijo.

–Quiero verlo. Quiero verlo antes de morir –dijo.

La vieja indigente, que se llamaba Sally Thimgummy, puso al niño en sus brazos y la madre le dio un beso con los labios fríos. A continuación, la madre se quitó una pequeña bolsa de piel que le colgaba del cuello y se la dio a la vieja.

–Guarde esto para mi hijo. Algún día no se avergonzará de pronunciar el nombre de su madre –le susurró.

La vieja Sally, de una manera muy disimulada, se escondió la bolsa entre la ropa antes de que el médico la pudiese descubrir.

–¡Dios mío, no dejes que mi hijo se quede solo en este mundo de miseria! ¡Apiádate de un pobre niño desamparado! –exclamó la madre con la mirada perdida.

A continuación acarició el rostro del niño y, tras un último suspiro, la madre murió.



—Ya no hay nada que hacer, señora Thingummy —dijo el médico.

—¡Pobre desdichada! —dijo la vieja—. Tenía los zapatos destrozados cuando la encontraron. Pero nadie sabía de dónde venía ni hacia dónde se dirigía. Nadie la conocía.

El médico comprobó que la madre de Oliver no llevaba anillo de casada y movió la cabeza, contrariado. Todo indicaba que, si nada lo impedía —y nada lo iba a impedir—, tendrían que ser las autoridades de la parroquia las que se hiciesen cargo del huérfano.

Durante los ocho o diez meses siguientes, sin recursos suficientes para alimentar al niño, las autoridades de la parroquia preguntaron a la junta del hospicio si no había alguna mujer que pudiese hacerse cargo de la criatura. La junta contestó humildemente que no. Así que las autoridades de la parroquia decidieron trasladar a Oliver a una casa de acogida de la que también se hacían cargo. Se hallaba a unas tres millas. Allí había unos veinte o treinta niños mal alimentados y peor vestidos a cargo de una vieja, la señora Mann, que recibía siete peniques y medio por cabeza a la semana. Pero la señora Mann sabía muy bien qué le convenía a ella y qué les convenía a los niños. Por eso se quedaba la mayor parte de los pagos, sin importarle en absoluto que sus protegidos tuviesen hambre, o frío, o que se marcharan al otro mundo para reunirse con unos padres que no habían conocido.

No obstante, Oliver Twist sobrevivió a la señora Mann y a las raciones escasas de su comida repugnante. Tal vez fue eso mismo, el hambre, lo que hizo posible que hubiese espacio suficiente dentro del cuerpo de Oliver para que creciera el espíritu de supervivencia que llevaba clavado en el alma. La cuestión es que, a pesar del hambre, Oliver llegó a cumplir milagrosamente los ocho años.

El día del cumpleaños encontró a Oliver Twist pálido, no demasiado alto y bastante delgado. Oliver celebraba que había cumplido los ocho años con otros dos niños en la carbonera de la casa de acogida. La señora Mann los había dejado encerrados por haberle dicho que tenían hambre. La señora Mann acostumbraba a actuar así cuando los niños le decían que tenían hambre o frío, pero no lo hacía nunca cuando esperaba la visita del señor Bumble, el alguacil de la parroquia. Y eso es lo que precisamente ocurrió el día del cumpleaños de Oliver, hecho que pilló a la señora Mann del todo desprevenida, pues no esperaba la visita del alguacil.

La señora Mann lo vio por una ventana, forcejeando con la puerta del jardín que la anciana siempre tenía bien cerrada para que nadie entrase y descubriese cómo maltrataba a los niños.

—Susan —dijo la señora Mann a su ayudante—, saca a Oliver y a los otros de la carbonera, lávalos y péinalos. ¡Date prisa! Y que queden bien limpios.

Acto seguido, salió al encuentro del alguacil, el señor Bumble, fingiendo una gran alegría.

—¡Dios bendito! ¡Cómo me alegro de verlo, señor Bumble! —le dijo mientras acudía deprisa a la puerta del jardín.

El señor Bumble era obeso y tenía muy mal genio. Así que, ante la imposibilidad de abrir la puerta, le dio un puntapié que resultó de lo más efectivo.

—Es que no lo esperaba, señor Bumble —dijo la señora Mann con una dulzura tan falsa como encantadora.

—¡Dónde se ha visto que tengan a un funcionario de la parroquia esperando en la puerta del jardín! La puerta tendría que estar abierta —protestó el señor Bumble—. Vengo por asuntos relacionados con los huérfanos que están a nuestro cargo. Usted trabaja para nosotros. No puede impedirme el paso así como así.

—Tengo cerrada la puerta por el bien de los niños. ¡Criaturas! —dijo ella mostrándose humilde—. Cuando juegan no piensan en nada, y si alguno saliera y se perdiese... ¡Angelitos!... Por cierto, ¿cómo se encuentra la señora Corney?

—Bien, bien —contestó el señor Bumble notando que se ruborizaba.

La señora Corney era la supervisora de la parroquia. Era viuda desde hacía unos veinticinco años. Entre el señor Bumble y la señora Corney había una

relación de afecto que el señor Bumble, siempre muy enamorado, había convertido en una especie de noviazgo que la supervisora, mostrándose siempre muy dulce y halagada, había consentido. El alguacil no quería vivir solo cuando tuviese que dejar el cargo en la parroquia, y la viuda tampoco se mostraba demasiado entusiasmada teniendo que vivir acompañada solo con los gatos que tenía. Todas las viejas chismosas de la parroquia lo sabían. Y la señora Mann, a pesar de la distancia, también. Pero que la señora Mann hubiese preguntado al señor Bumble por la viuda Corney solo había sido una manera de desviar la conversación que habían iniciado. A la señora Mann el afecto que se pudiesen tener el señor Bumble y la señora Corney le traía sin cuidado.

La señora Mann acompañó al alguacil a una sala y lo invitó a sentarse. Muy orgulloso, el señor Bumble se quitó el bicornio de la cabeza y lo dejó sobre la mesa, junto al bastón. El bicornio lo hacía sentir importante. Solo los alguaciles como él lo llevaban. El abrigo con puños dorados de encaje se lo dejó puesto.

—¿Le apetece una copita? —le preguntó entonces la señora Mann.

—Déjelo, déjelo —dijo el señor Bumble alisándose el abrigo.

—Sí, hombre, sí, un dedito, con un poquito de agua y un terroncito de azúcar.

El señor Bumble carraspeó.

–Un dedito... ¿de qué?

–De ginebra. Es lo que tengo para mezclar con el jarabe de los niños cuando caen enfermos –contestó la señora Mann.

–¿Les da jarabe a los niños?

–Naturalmente, aunque es caro –dijo la señora Mann mientras se apresuraba a preparar la copita–. Es que no puedo verlos sufrir. ¡Pobrecitos míos!

–Se porta usted como una madre, señora Mann.

El señor Bumble tomó un sorbo y dejó la copa en la mesa.

–Bien. He venido por el chico que fue bautizado como Oliver Twist. Hoy ha cumplido los ocho años.

–¡Bendito sea el ángel!

El alguacil continuó.

–A pesar de los esfuerzos realizados por encontrar a algún familiar de Oliver, comenzando por su padre, no hemos conseguido nada después de tanto tiempo.

–¿Entonces cómo es que tiene el nombre que tiene? –preguntó la vieja.

–Se lo puse yo –contestó el señor Bumble–. Bautizamos a los niños por orden alfabético. Al anterior le correspondía la *s* y le puse Swubble. A Oliver le tocaba la *t* y le puse Twist, y después seguían Unwin, Vilkins... Siempre tengo apellidos preparados para todo el alfabeto. Y cuando llego a la *z*, vuelvo a empezar.

–¡Sin duda es usted hombre de letras, señor Bumble!

—Bueno, bueno —dijo el alguacil con tono más tranquilo—. Resulta que Oliver es demasiado mayor para seguir viviendo aquí, y la parroquia ha decidido que regrese al hospicio para hacerse cargo de su educación. Vengo a llevármelo. Tráigalo inmediatamente.

La señora Mann obedeció enseguida disimulando la rabia que le provocaba tener que perder los siete peniques y medio que recibía semanalmente por Oliver. Pero la vieja no podía hacer nada en contra de las decisiones de la parroquia. Cuando Oliver se presentó ante el señor Bumble, no se mostró demasiado entusiasmado en el momento en que el alguacil le explicó la situación. Pero en parte se alegró de perder de vista a la señora Mann y los bastonazos con los que la vieja le llenaba el cuerpo de cardenales.

Antes de marcharse, la señora Mann le dio un trozo de pan con manteca para que no pareciese que había pasado hambre mientras lo tenía a su cargo. Con la hogaza de pan en una mano y el gorro marrón del hospicio en la cabeza, Oliver abandonó por fin aquel hogar en el que su infancia no había conocido más que hambre y maltratos. Oliver se sintió triste mientras se alejaba agarrado a la manga del señor Bumble. Pero no por tener que marcharse. La tristeza se la despertaban los compañeros de desgracias que dejaba atrás, los únicos amigos que había tenido. Por primera vez en su vida Oliver sintió una inmensa

soledad cuando se vio perdido en medio de la noche oscura, perdido en el mundo.

Cuando llegaron al hospicio, a Oliver le dieron otro mendrugo de pan y lo encerraron entre cuatro paredes. Pero no había pasado un cuarto de hora cuando el señor Bumble volvió a sacarlo para presentarlo a los miembros de la junta. De repente, Oliver se vio ante ocho o diez caballeros obesos sentados en sillones que lo miraban desde una mesa presidida por otro caballero aún más obeso y de cara redonda y enrojecida.

Asustado y tembloroso, Oliver hizo un saludo por orden del señor Bumble.

—¿Cómo te llamas, hijo? —le preguntó el caballero que presidía la mesa, el señor Limbkins.

Oliver se sentía tan nervioso que ni hablar podía. Entonces el alguacil le dio un bastonazo.

—¡Contesta! —le dijo.

La única respuesta de Oliver se redujo a unas lágrimas que le surcaron las mejillas.

—El crío es tonto —dijo otro de los caballeros, uno que siempre vestía con un chaleco blanco.

—Sabes que eres huérfano, ¿verdad? —volvió a preguntar el señor Limbkins.

—¿Qué es eso? —dijo Oliver.

—Lo dicho, es tonto —repitió el del chaleco.

—¡Silencio! —ordenó el otro—. Sabes que no tienes ni padre ni madre, y que te has criado a nuestro cargo, ¿verdad?

—Sí, señor —contestó Oliver. Lloraba con amargura.

—Bien. Te hemos traído para educarte y para que aprendas un oficio.

—Así que a partir de mañana comenzarás a cardar estopa a las seis de la mañana —añadió el del chaleco.

Oliver no entendió qué tenía que ver la estopa con la educación, pero no dijo nada. Se limitó a saludar de nuevo, aconsejado por el bastón del señor Bumble, y, acto seguido, se lo llevaron a una gran sala en la que le asignaron un camastro duro y basto. Toda la sala estaba repleta de camastros y niños que dormían. Y Oliver, finalmente, también se durmió entre sollozos. No podía imaginar que aquellos caballeros obesos, y ese mismo día, también habían tomado otra decisión que influiría de manera decisiva en su futuro. Pero esta decisión de la junta del hospicio se dará a conocer en el capítulo siguiente.



2

Los primeros años de infancia de Oliver

Los miembros de la junta del hospicio eran unos sabelotodo y habían descubierto algo que nunca sabría descubrir la gente normal y corriente: que a los pobres les gustaba el hospicio. Los pobres tenían desayuno, comida y cena sin coste alguno durante todo el año a cambio de nada. Pero los miembros de la junta no estaban dispuestos a consentirlo por más tiempo, y precisamente el día que Oliver regresó tomaron las medidas necesarias para resolver el problema.

La junta estableció una norma según la cual los pobres podían elegir entre morir de hambre poco a poco en el hospicio o morir rápidamente fuera. Con esta intención contrataron el suministro de harina

de avena en cantidades reducidas. Después ordenaron que se repartiesen tres comidas a base de gachas aguadas al día, con una cebolla dos veces por semana y medio panecillo los domingos.

La junta tomó más decisiones que no vienen al caso, ya que no afectaban directamente a Oliver Twist. Pero el hecho es que según fueron pasando los meses, las nuevas normas de la junta comenzaron a funcionar con gran efectividad. Al principio resultaron ligeramente caras por el aumento de pagos que debían hacerse por los servicios funerarios. Pero las nuevas normas funcionaban: los pobres se morían o se iban consumiendo dentro de la ropa que, a cada día que pasaba, les venía más grande. El hospicio perdía hospicianos al mismo ritmo que los pobres perdían peso.

Pasados dos o tres años, los hospicianos ya se habían acostumbrado a pasar hambre de tal manera que hasta tenían que dar gracias por las raciones miserables que comían tres veces al día. Y entre los hospicianos seguían Oliver y sus compañeros, más hambrientos que nunca.

El comedor donde daban de comer a los niños era una sala enorme con una gran olla a un lado. El cocinero, con su delantal y armado con un cucharón, repartía las gachas en los cuencos acompañado por dos ayudantes. Nunca era necesario lavar los cuencos, ya que los niños los limpiaban con las cucharas sin

dejar el menor rastro de su contenido. Después se quedaban mirando la olla muertos de hambre mientras se chupaban los dedos a la caza de cualquier resto de gachas que hubiese podido quedar. Víctimas de las nuevas normas de la junta, Oliver y sus compañeros sufrían, así, los tormentos propios de una lenta muerte por hambre. Y llegó el día que tuvieron tanta que uno de los compañeros de Oliver dijo:

—Me muero de hambre y, si no me dan otra ración de gachas, acabaré comiéndome al que duerme a mi lado.

—Podríamos pedir que nos den más —dijo otro—. Si le dan a uno, puede que nos den a todos.

—¿Y si lo intentamos en la cena?

—¿Pero quién va primero a decirlo?

Como todos estaban de acuerdo en pedir una segunda ración de gachas, eligieron a suertes quién sería el primero en acercarse al cocinero a pedirla. Y la suerte le tocó a Oliver.

Llegada la noche, el cocinero repartió las gachas y los niños ocuparon las mesas del comedor. Las gachas, como siempre, desaparecieron en un suspiro de los cuencos. Entonces todos comenzaron a lanzarle gestos a Oliver. Los compañeros que Oliver tenía a ambos lados le daban codazos. Y, muerto de hambre, Oliver se levantó con la cuchara y el cuenco, se acercó al cocinero y, mostrándole el cuenco vacío, le dijo:

—Por favor, quiero unas pocas más.

El cocinero, que era panzudo y de aspecto saludable, se quedó pasmado. En las mesas todos se quedaron paralizados de puro terror.

—¿Qué? —dijo el cocinero, estupefacto, con un hilo de voz.

—Por favor —repitió Oliver—, quiero unas pocas más.

El cocinero le atizó con el cucharón en la cabeza y, a gritos, hizo que acudiese el señor Bumble. Y el alguacil, informado de lo ocurrido, corrió hecho un manojo de nervios donde se hallaban reunidos los miembros de la junta.

—¡Señor Limbkins, discúlpeme, señor Limbkins! ¡Oliver Twist ha pedido más! —dijo completamente desencajado.

—¡¿Mááás?! —exclamó el señor Limbkins—. ¿Está diciendo que Twist ha pedido más gachas después de haber recibido la ración que ordena el reglamento?

—Así es, señor presidente.

—El maldito bribón acabará en la horca, estoy seguro —dijo el caballero del chaleco blanco.

Los miembros de la junta no lo podían creer. Y tampoco podían consentir la falta de respeto que había mostrado Oliver.

—¡Es un insolente!

—¡No tiene vergüenza!

—Aquí no tiene nada que hacer. Tenemos que hacer que se lo quede alguien.

Tras una acalorada deliberación, se tomaron medidas drásticas. A Oliver lo encerraron de inmediato en una habitación oscura y fría. Al día siguiente, a primera hora, en la puerta del hospicio colgaron un cartel en el que se ofrecían cinco libras a quien se lo llevase como aprendiz de un oficio, con la condición de que también se hiciese cargo de su manutención.

El primero en interesarse por las cinco libras fue un deshollinador violento y hosco de mala reputación. Se llamaba Gamfield. Iba corto de dinero y ya debía unos meses del alquiler de su casa. Corrían rumores de que había matado a tres o cuatro niños de una paliza. Pero a los miembros de la junta eso no les importaba y accedieron a hacer tratos con el deshollinador, pero no por cinco libras, sino por tres libras y diez chelines. El señor Limbkins encontró la excusa perfecta para rebajar el pago argumentando que el oficio de limpiar chimeneas era demasiado sucio para un niño. Gamfield acabó aceptando la rebaja y todos los interesados acudieron al juzgado con los documentos oportunos para hacer oficial que Oliver Twist abandonaba el hospicio y quedaba a cargo del deshollinador.

En el juzgado, mientras el señor Limbkins exponía el asunto ante dos jueces, el deshollinador miraba a Oliver sin poder ocultar la crueldad que desprendía su rostro. Oliver se sentía aterrorizado.



Estaba seguro de que aquel hombre horrible acabaría matándolo. Oliver nunca había sentido tanto miedo. Y las miradas del señor Bumble que tenía a su lado no ayudaban precisamente a tranquilizarlo.

Uno de los jueces se colocó los lentes para firmar los documentos. Entonces pudo ver con claridad el rostro pálido y horrorizado de Oliver. Hasta ese momento solo lo había visto borroso. Pero ahora, con los lentes puestos, no tardó en percibir que Oliver, sollozando, estaba pálido y asustado.

—¿Qué te ocurre, hijo? —le preguntó—. ¿No quieres limpiar chimeneas? Vamos, contesta. No tengas miedo.

—No me importa hacer eso —gimió Oliver.

—¿Entonces por qué lloras?

Oliver cayó de rodillas y, juntando las manos, suplicó entre lágrimas:

—Que me encierren, que me maten de hambre, que me peguen, pero no me obliguen a irme con este hombre horrible. ¡Me da miedo!

El deshollinador le lanzó una mirada de odio que no pasó desapercibida para los jueces.

—¡Caramba! —exclamó el señor Bumble—. ¡Menudo sinvergüenza!

—¡Silencio! —ordenó el juez de los lentes.

—Discúlpeme, señoría. Hablaba conmigo mismo.

—¡Cállese!

El señor Bumble se quedó petrificado. El juez le había ordenado que se callase. ¡A él! ¡A todo un alguacil!

El juez de los lentes se quedó pensativo, observando al deshollinador y a todos los demás. Después habló al oído con el otro juez y este asintió de manera significativa.

—Muy bien —dijo el de los lentes alejando los documentos de la mesa—, no firmaremos el contrato.

—Pero, señoría... —se alarmó el señor Limbkins—, no pensarán que hemos actuado de forma incorrecta por lo que ha dicho el niño.

—No tenemos por qué darles explicaciones. Que el niño vuelva al hospicio. Y trátelo bien. Parece necesario —dijo el juez con un tono de sentencia inapelable.

Así fue como Oliver Twist se libró de las garras del peligroso deshollinador y regresó al hospicio. Y así fue también como al día siguiente, en la puerta principal, volvió a colgarse el cartel que ofrecía cinco libras a quien quisiese llevarse a Oliver Twist. Sin embargo, los días transcurrieron sin que nadie se interesase ni por Oliver ni por las libras.

Sin saber cómo deshacerse de Oliver, finalmente la junta se decidió a poner en práctica una de las costumbres que llevaban a cabo las familias importantes cuando tenían un hijo sin oficio ni beneficio con el que no sabían qué hacer: enrolarlo en un barco mercante. Esta fue la decisión que tomaron los miembros de la junta tras haber fracasado con el deshollinador.

La orden del señor Limbkins al alguacil no pudo ser más clara:

—Señor Bumble, busque a algún capitán de barco que necesite un grumete. Si encuentra alguno, infórmenos de inmediato.

El señor Bumble también pensaba que eso era lo mejor que podían hacer con Oliver, enviarlo al mar tan pronto como fuese posible. Y, sin perder tiempo, el señor Bumble se encargó del asunto.